

Lil Armstrong...

Viene de la página 7

ocuparme de todo pianista que se atreviese a asomar su nariz.

Al fin, un buen día, el famoso Jelly Roll Morton hizo su aparición y tuve que poner en juego todas mis reservas. Yo no había oído nunca nada parecido a sus interpretaciones personales. Jelly Roll se instala, el piano empieza a vibrar, el techo a estremecerse, la gente entró en éxtasis mientras él atacaba ferozmente el teclado, con sus largos y huesudos dedos, golpeando el pedal con ritmo redoblado.

Yo estaba maravillada, emocionada y confundida. Por fin se separó del piano, sonrió con un aire de superioridad y me miró como para decirme, «Recuerda la lección».

En efecto fué una lección; a partir de este momento, cada vez que tocaba todas las moléculas de mi cuerpo entraban en acción. ¿Creen Vds. que los concurrentes estaban satisfechos? No del todo.

Un día me recordaron de repente que Jelly no había tocado ningún clásico, me senté al piano, confiada e interpreté a Bach, Chopin y la «Danse des Sorcières» de Grieg, todo particularmente apreciado. El torneo se terminó, estaba victoriosa.

La semana siguiente, la New Orleans Creole Jazz Band llegó a la ciudad y dió una audición para Mrs. Jones. Empezaron con la «Livery Stable Blues». Desde los primeros compases mi corazón dejó de latir. No había escuchado nunca nada parecido, nunca había tenido la carne de gallina desde la planta de los pies hasta la raíz de los cabellos. Tenían un volumen y una potencia extraordinaria. Recordaré siempre su expresión cuando descubrieron de la forma con que reaccionaba a su música.

La señora Jones los contrató al momento en un restaurante chino situado en el barrio norte. La orquesta se componía de violín, clarinete, corneta, trombón, bajo y batería y tuvieron que pedir un pianista para acompañarles. Mrs. Jones les envió varios, todos hombres, pero ninguno les satisficó. Frank Clemens le sugirió me enviase allí, para una velada, simplemente para ver qué pasaría. Mrs. Jones protestó, pues yo era menor y no sería autorizada para tocar en un cabaret. No obstante decidí probar suerte y heme ahí de nuevo en camino, transportada de alegría.

Cuando me hube colocado en mi sitio, pedí mi partitura... ¡Dios del cie-

lo! que herejía... Amablemente me explicaron que no tenían ninguna y además no la habían tenido nunca. Sin descorazonarme, quise saber cuál sería el tono del primer número... La réplica del director me probó que éste debía ser hebreo: «Cuando yo dé dos golpes, todo el mundo empieza. Trate de no quedarse atrás».

Estaba en otro mundo, extraño. Terminé mis preparativos y cuando oí los dos golpes, salté sobre el teclado, golpeando con todas mis fuerzas un acorde. El piano gimió tan fuerte y tan duramente que se volvieron todos hacia mí. En un segundo sentí lo que iban a tocar y me lancé adelante en cuerpo y alma.

La New Orleans Jazz Band me retuvo. Ya no regresé nunca a la «Boite à musique», ni a la Universidad.

Cuatro semanas más tarde tocábamos en el «De Luxe Café» en el ángulo de la calle 35 y State Avenue, yo ganaba el salario inimaginable de veintisiete dólares y medio por semana y cada noche veinte dólares de propina.

Los miembros de la orquesta eran Sugar Johnnie (corneta), un tipo interminable, deshilachado, la piel oscura y la cara huesuda, cubierta de pequeños cráteres redondos y profundos. Nunca tenía gran cosa que contar y aquello me sorprendía. ¿Había podido adivinar que estaba en camino de morir, minado por la tuberculosis? ¿Quién lo habría supuesto oyéndole tocar?

Lawrence Dewey (clarinete), huesudo también, era de color más claro y sonriente. Roy Palmer (trombón), el más oscuro de todos, pero lleno de espíritu, tenía siempre una broma a punto. El violinista, Jimmie Palao, un criollo típico, de tinte oliváceo y cabellos planchados, igualmente delgado, tosía sin cesar. Murió también tuberculoso. El contrabajo era Eddie Gorland, el más sano de este grupo esquelético.

Por el contrario, Tubby Hall (batería), era tan grueso como delgados sus compañeros; era el más joven de aquellos músicos de New Orleans.

Desde su primera actuación en el «De Luxe Café», la orquesta causó sensación; a partir de las nueve era imposible encontrar sitio. En el exterior se formaba una cola que obligaba a King Jones a aullar sin cesar que dentro de unos instantes habría sitio para todo el mundo.

Sugar Johnnie tocaba la corneta con un estilo emocionante, se servía de cortes, escudillas, de viejos sombreros,

para producir toda clase de sonidos extravagantes y fantásticos. El clarinete de Dewey goteaba y producía gamas y trucos inigualables. Roy manejaba su trombón de atrás a delante, asegurando con acompañamiento típicamente «growl» a los «breaks» de Sugar Johnnie.

El violín de Jimmie suspiraba y se lamentaba, mientras éste deslizaba su arco por las cuerdas. En fin, para coronar el conjunto, Tubby y yo proporcionábamos con nuestros instrumentos un ritmo impresionante.

Este era el verdadero Jazz de New Orleans; la gente lo aceptaba tal como era y lo degustaba. ¡Gran época y gran vida! Todos los habitantes de la ciudad llegaban a recrear su oído. Nadie en la pista. Auditores solamente, que venían para encontrarse en otro mundo.—Trad. P. Gispart

El triunfo de Louis Armstrong

Viene de la página 3

dette del grupo, después de Pops, es indiscutiblemente Trummy Young, prototipo de trombonista puramente jazz, improvisador de gran clase y de ataque formidable con un «punch» que galvaniza. Trummy no es solamente excelente en los coros de potencia, sino que también es muy emotivo cuando acompaña suavemente los coros vocales de Pops. Y es aquí donde se observa que su manera de tocar está impregnada del espíritu musical de Pops: en estos acompañamientos el trombón de Trummy recuerda extremadamente la trompeta de Louis cuando éste improvisa con una sordina detrás de los vocales de Velma Middleton. En cuanto a Velma, hacia la cual ciertos aficionados al jazz sienten un disgusto inexplicable, desde que entra en escena la orquesta alcanza un swing frenético, y esto bastaría para justificar su presencia. Además es una «partenaire» ideal para Louis Armstrong en dúos como *That's my desire*.

En toda Francia Louis ha tocado siempre en salas completamente llenas. Por todas partes ha entusiasmado al público (amantes del jazz o profanos) como jamás lo había hecho. Sólo los periodistas incompetentes han dado a escuchar una nota discordante.

¡Pops, en nombre del Hot Club de Francia y de todos aquellos que te aprecian, te doy las más expresivas gracias por los momentos inolvidables que nos has hecho pasar!

Trad. C. Madrid